

LA CLINICA DE LA DOCTORA "LOCA ESPERANZA"

TREINTA hectáreas bien peinadas por hábiles jardineros y escrupulosamente rastrilladas cada mañana constituyen un bonito parque. Unos pocos centenares de árboles contribuyen a crear una sanísima atmósfera, y los céspedes tienen allí la perfección de los que rodean las mansiones de Beverly Hills. Ese dulce perfume de lujo se nota nada más llegar: los coches deben detenerse frente a una señal de «stop» colocada junto a la verja, y es preciso esperar a que el portero le sonría a uno antes de adentrarse por la avenida. Varios minutos después se llega ante un edificio neoclásico, ennoblecido por una columna de piedra ligeramente dorada. La acogida en el «hall» parece la de un palacio. Alfombras persas escapan hacia los salones adyacentes, y todo el mundo da muestras de una sencillez sorprendente. Se puede charlar en todas las lenguas del mundo, nadie parece tener prisas, y las enfermeras se muestran tan amigables como las de una clínica californiana de alto vuelo.

Y sin embargo, nos encontramos en Rumania, a diecisiete kilómetros de Bucarest —distancia que no se tiene importancia si tenemos en cuenta las tarifas de los taxis—, en el sanatorio geriátrico de Otopeni, de la profesora Ana Aslan. Ni un solo campesino rumano debe de ignorar hoy ese nombre. Ni un solo ciudadano de un país del Este. Pero también en el Oeste «suenan» el nombre de Ana Aslan, y no —claro está— porque recibiera en 1971 la medalla de los Héroes del Trabajo socialista: se la conoce en las sociedades científicas —Ana Aslan trabajó en 1962 y 1965 como experto en problemas de gerontología en la Organización Mundial de la Salud—, donde también se discuten sus trabajos y se susurra su nombre en los salones de todas las capitales.

Ana Aslan es un nombre mágico; ¿y acaso podría ser de otro modo? Cuando se cuenta que un determinado número de personajes tales como De Gaulle, Marlene Dietrich, Picasso, Montgomery, Perón, Vittorio de Sica, Kirk Douglas, Pablo Neruda, Salvador Dalí, Charles Chaplin, etcétera, deben su largo período de actividad en esta Tierra a la cura de

Gerovital H3 de la doctora Aslan, es lo más profundo de nuestro deseo lo que se ve afectado. Y la anécdota cobra inevitablemente una aureola de magia. ¿Qué mejor sueño, qué mayor esperanza para el hombre que la de poder aplazar el instante de la muerte y reducir en la medida de lo posible los ineluctables achaques de la vejez?

Los dos últimos personajes que han pasado por Otopeni son la begum Aga Khan y la cantante Elisabeth Schwartzkopf. También en fecha reciente la profesora Aslan se trasladó a Caracas para tratar al presidente venezolano en su propio palacio. La profesora Aslan sólo ha consentido en dar el nombre de uno de sus ilustres pacientes: Miguel Angel Asturias, Premio Nobel de literatura, que la ha autorizado expresamente para ello. Pero los folletos rumanos no omiten los nombres de esas celebridades «gerovitalizadas», todas las cuales han quedado encantadas con el tratamiento.

Una mina de oro

Así es como Ana Aslan se ha convertido en la mejor propagandista del turismo rumano, la medicina rumana, y de su producto, que ella misma comenzó a utilizar hace ya veintidós años. El aspecto que ofrece hoy esa mujer de setenta y siete años es la mejor publicidad para su fármaco. La profesora Aslan parece una gran burguesa cosmopolita —lleva abrigos de visón, trajes chaqueta de Chanel y vestidos de seda y collares de perlas en torno al cuello y brazaletes de oro en sus muñecas— en la que la edad no hubiese reprimido la coquetería, debilitado la fuerza del deseo. ¿Que si tiene arrugas? Se a m o s serios: ¡claro que las tiene! Pero como una persona de sesenta y cinco años que hubiese adquirido —¡y conservado!— ese «luminoso resplandor», ese «brillo anacorado» que podemos apreciar en las modelos que anuncian productos de belleza. Y lo que es más sorprendente: esta dama casi octogenaria que, de congreso en congreso, da con frecuencia la vuelta al mundo como quien da una vuelta en autobús, esta dama está todas las mañanas a las ocho en su despacho. En su ins-

tituto de geriatría de Bucarest, Ana Aslan examina a sus pacientes —algunos de los cuales llevan ya quince años recibiendo tratamiento—, recibe a los investigadores de laboratorios o discute con su colaborador de siempre, el doctor Cornel David, de quien se dice que será su sucesor. Después se traslada a Otopeni, donde recibe a otros enfermos, concede entrevistas y estudia los contratos de establecimiento de clínicas geriátricas en el extranjero: hace unas semanas, firmó, por ejemplo, un contrato con la sociedad de baños de Bano, Italia.

Para Rumania, el Gerovital de la profesora Aslan es una mina de oro. Apenas explotada, es cierto, pero todo se andará. De los 3.300.000 turistas que han pasado sus vacaciones en Rumania en 1973, sólo 13.000 recibieron la cura de Ana Aslan. Italia, Latinoamérica y España son sus primeros clientes —no es sorprendente: el Gerovital obra, al parecer, maravillas en estos viejos fatigados de ascendencia latina—, por delante de los países del Norte, la Alemania Federal y Francia. Beneficios: quince millones de dólares, poca cosa. Pero resulta que la Food and Drugs Administration estadounidense, que tiene la responsabilidad de autorizar los medicamentos en los Estados Unidos, han confiado la experimentación del Gerovital al profesor Zung. Este médico, de origen chino, acaba de emitir un primer veredicto: el Gerovital no es tóxico, es una etapa importante. Todavía queda por demostrar la eficacia del producto: si los resultados de las investigaciones son positivos, lloverán los dólares sobre Rumania.

Sin esperar a ese día, una agencia de viajes francesa ofrece ya este año por un precio que oscila entre los 2.660 y los 4.110 francos, un viaje «todo incluido», incluso el chequeo. Si bien en Otopeni hay que solicitar plaza con siete meses de antelación, se puede seguir la cura en Eforia-Norte y en Mangalia, junto al mar Negro, en las pequeñas clínicas instaladas al borde del lago de Snagov, cerca de Bucarest, o también en la estación termal de Herculanu, junto al Danubio —balneario que data de la época romana—, en la de Félix, en la frontera nororiental —donde el clima es tan

suave que permite el desarrollo del loto silvestre—, o en Clima-nesti, en los Cárpatos meridionales: gracias a Ana Aslan y a una infraestructura hotelera impresionante, el turismo rumano relanza sus estaciones termales.

Pero, ¿qué contiene la «sustancia-milagro» de la profesora Aslan? Una molécula conocida desde hace aproximadamente setenta años: el clorhidrato de paraaminobenzodietilaminoethanol, descubierto en 1905 por el investigador alemán Einhorn. Denominada novocaina, se la conoce en la farmacopea internacional con el nombre de procaína. Además de su acción anestésica y analgésica, se ha demostrado que la procaína ejerce una acción antiinflamatoria (Spless) y antihistamínica (Daniélopolu y Simionescu). El francés Paul Leriche ha demostrado por su parte que es vasodilatadora. Leriche sostiene igualmente que ejerce un papel equilibrador del sistema neurovegetativo: produce una ligera euforia en el paciente e influye favorablemente sobre la memoria y la atención. Única contraindicación importante: la asociación con las sulfamidas, cuyos efectos anula. La proporción de casos de alergia es de 1/3.800.

La Oficina Nacional de Turismo rumano ha invitado a cuatro periodistas franceses a lo que cabría calificar como una «operación verdad» relacionada con el Gerovital y sus efectos en la terapia de la vejez. A los periodistas invitados nos impresionó muy favorablemente la buena forma en que se encontraban todos los viejos asilados a quienes tuvimos ocasión de conocer. También nos impresionó la franqueza de los médicos, que no vacilaron en reconocer lo que los científicos anglosajones consideran una debilidad condenable: la ausencia de «tests» en sistema de *double-blind* esto significa que, de dos grupos homogéneos, uno es tratado con el producto en cuestión mientras que el otro recibe en su lugar un *placebo*. «La señora Aslan se ha opuesto siempre tenazmente a un moderno método», explica el doctor Alexandre Ciuca, un gerontólogo de reputación internacional. «Señal de respeto para los individuos, que tienen



Esta dama, casi octogenaria, da con frecuencia la vuelta al mundo para asistir a congresos de geriatría o tratar a pacientes famosos. En la foto, la profesora Aslan en un parque de Estocolmo.

derecho a saber si lo que se les inyecta es un remedio o simplemente agua destilada», afirma el doctor Cornel David.

Una disputa que duró diez años

Alexandre Ciuca, cincuenta y tres años, ejerce en el instituto de geriatría de Bucarest la función de subdirector y director del departamento de gerontología social, donde trabaja con un equipo de cuarenta investigadores. El doctor Ciuca es experto en la Organización Mundial de la Salud: pertenece a la mayoría de las sociedades de gerontología que existen en el mundo y es miembro fundador del Centro Internacional de Gerontología Social. Antes de trabajar con Ana Aslan, era responsable de la sanidad del

país. No debe, pues, sorprendernos el que declare, por ejemplo, que en materia de medicina no tiene más que una preocupación: «La política médica. Lo que realmente me interesa es la asistencia médica masiva».

Su colaboración con Ana Aslan comenzó por una «gran disputa que duró diez años». Esa mujer, ese médico brillante que tenía la osadía de asegurar que su producto retrasaba el proceso de envejecimiento en las personas, ¡qué presunción! Su Gerovital o los polvos de la madre Celestina. Sólo que Ana Aslan es una mujer con una gran firmeza de carácter. «Y a fuerza de oírlo repetir una y otra vez: "Eres un escéptico, te ofrezco un medicamento y tú ni siquiera lo pruebas", terminé por dejarme convencer. Yo le reprochaba el que no hubiera trabajado nunca con un equipo de

médicos; así pues, decidí experimentar con otra gente». En 1969, en ciento cuarenta y cuatro «centros gerontológicos» instalados en dispensarios de fábricas —en esos lugares donde el trabajo es duro y afecta de modo considerable al metabolismo humano— veinte mil personas fueron puestas en observación: de ellas, la mitad fueron tratadas con Gerovital, la otra mitad sirvió de grupo testigo. El experimento duró cuatro años. «Las conclusiones fueron tan positivas que el Ministerio de Sanidad las reconoció como válidas, y, en 1973, 35.000 personas de trece departamentos del país recibieron, en dispensarios de empresa, Gerovital a título preventivo —a partir de los cuarenta años— o curativo. Este año, una «misión de sanidad» para la prevención del envejecimiento desarrollará sus activida-

des en los cuarenta y nueve departamentos con que cuenta Rumania: el asunto del Gerovital se ha convertido en un problema nacional, como una vacuna».

«Tal vez encontremos algo mejor»

Como le había ocurrido al doctor Ciuca, los cuatrocientos médicos que aceptaron participar en el experimento cambiaron de opinión. «No podría asegurar que el Gerovital actúa sobre el proceso biológico del mal y mucho menos sabría decir de qué manera. Sin embargo, reconozco que sus resultados son excepcionales por lo que respecta a la sintomatología». Regulador de la tensión arterial y del equilibrio hormonal, el Gerovital tiene, según los médicos rumanos, una influencia benéfica sobre las artrosis, los reumatismos, el asma bronquial. También parece que contribuye a la consolidación de las fracturas y a la recuperación funcional e incluso ayuda a que el pelo vuelva a crecer. «¿Milagro? No, y es posible que un día demos con algo mejor. Pero hoy por hoy no tenemos a nuestra disposición ningún medicamento que dé tan buenos resultados en el dominio de la patología general». Muchos médicos se muestran de acuerdo en que el futuro pertenece a ese tipo de medicación. Tanto más cuanto que al mejorar el estado general de los individuos, al devolverles la «alegría de vivir», éstos producen más. Así, por ejemplo, los rumanos pudieron comprobar que el absentismo por enfermedad disminuyó en un 40 por 100 entre los obreros «procainizados» después de un año de tratamiento...

¿Tendría los mismos efectos un placebo? Mientras la Food and Drugs Administration no se pronuncie, el debate seguirá abierto. La única certeza por ahora es que, desde hace ya más de veinte años, una rumana de setenta y siete años lucha por que todo el mundo, médicos o pacientes, modifiquen su actitud frente al envejecimiento. Los reumatismos, el colesterol, la arteriosclerosis y todas esas plagas son inevitables, y nada se puede hacer por combatirlas: tal es la actitud tradicional. «Por el contrario, Ana Aslan tiene una actitud positiva», dice de ella su antiguo adversario. Es cierto y tal vez cabría decir algo más. La actitud de la profesora Aslan es —y perdónese la grandilocuencia— revolucionaria. ■ KATIA D. KAUPP.